

310
DG843
D8
v.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESIONES
DE VIAGE

— EL CORRICOLO —

SEGUNDA PARTE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO
I
LA VILLA GIORDANI

Una violenta erupcion del Vesubio, milagrosamente contenida por San Genaro, dió lugar á un extraño episodio. Sobre la pendiente escarpada del Vesubio, en el nacimiento de uno de los brazos del Sebetus, se hallaba una de esas encatadoras villas, como las que se ven blanquear en el fondo de los deliciosos cuadros de Leopoldo Robert. Era un elegante edificio cuadrado, mayor que una casa de las grandes poblaciones, menos imponente que un palacio, con un pórtico sostenido por columnas, una azotea, verdes celosias, una escalina'a llena de flo-

res, cuyas gradas conducian á un jardin plantado todo de naranjos, adelfas y granados. En uno de los ángulos de aquel encantador edificio, elevabase un grupo de palmeras cuyas copas, alzándose sobre la azotea, caian por encima como un penacho, y daban al conjunto del edificio un aspecto oriental sumamente agradable. Durante el día, como es costumbre en Nápoles, la silenciosa villa parecia solitaria y permanecia cerrada; pero cuando llegaba el anochecer, y con el anochecer la brisa del mar, abrianse suavemente las celosías para respirar y los que entonces pasaban al pié de aquella linda morada, podian ver á través de los balcones, las habitaciones con dorados muebles y ricas tapicerías, por entre las que atravesaban, apoyados en el brazo uno de otro y mirándose con amor, un jóven de bella presencia y una linda jóven. Eran los dueños de aquel pequeño palacio de hadas, el conde Odoardo Giordani y su jóven esposa la condesa Lia.

Aunque los dos jóvenes se amaban hacia largo tiempo, solo hacia seis meses que se habian unido. Debian casarse en el momento en que estalló la revolucion napolitana; pero entonces el conde Odoardo á quien su nacimiento y origen unian á la casa real, siguió al rey Fernando á Sicilia y permaneció en Palermo como caballero de honor de la reina, de siete á ocho meses; despues, cuando el cardenal Ruffo hizo su espedicion de Calabria, pidió el conde Odoardo á su soberano el permiso de partir con él, y habiéndole obtenido, acompañó á aquel extraño gefe de partidarios en su marcha triunfal hácia Nápoles.

Entró con él en la capital, encontró, volvió á ver á su fiel Lia, y como nada se oponia ya á su matrimonio, se habia casado con ella. Huyendo entonces de la matanza que asolaba á la ciudad, llevó á su jóven esposa al Paraiso que hemos intentado describir, el cual habitaban juntos hacia seis meses, y donde el conde hubiese sido sin duda alguna el hombre mas feliz de la tierra, á no ser

por un suceso que acababa de acaecerle y que turbaba profundamente su felicidad.

Todos los miembros de la familia no habian participado del ódio que él tenia á los franceses, y que le habia hecho abandonar á Nápoles á su aproximacion. Tenia el conde una hermana que le seguia en edad, llamada Teresa, linda y casta niña que se abria como una azuzena á la sombra del claustro. Segun la costumbre de las familias napolitanas, el porvenir de amor y de dicha de la jóven, ese amor que Dios ha permitido esperar á toda criatura humana, habia sido sacrificado al porvenir de ambicion de su hermano mayor. Antes que la pobre Teresa supiese lo que era el mundo, la verja de un convento se habia cerrado entre el mundo y ella; y cuando su padre habia muerto, cuando su hermano mayor, que la adoraba, llegó á ser dueño de su libertad hacia ya tres años estaban sus votos pronunciados.

La primera palabra del conde Odoardo á su hermana al volverla á ver despues de la muerte de su padre, fué la oferta de obtener del Santo Padre la ruptura de un pacto contraido antes que ella conociese el valor del juramento pronunciado, y pudiese apreciar la estension del sacrificio que iba á hacer; mas para la pobre niña que no habia visto el mundo sino á través del velo de indiferencia de sus primeros años cuyo corazon no conocia otro amor que el que habia declarado al Señor, el claustro debia tener su atractivo y la soledad su encanto; dió, pues, gracias á su querido hermano por el ofrecimiento que la hacia, pero le aseguró que se encontraba feliz y que temia cualquier cambio que diese á su existencia otro porvenir que aquel á que se habia acostumbrado.

El jóven que comenzaba á amar, y que sabia el cambio que el amor produce en la vida se retiró rogando á Dios no permitiese que su hermana tuviera que arrepentirse algun día de la resolucion que habia tomado.

Pasáronse algunos meses, luego llegaron los sucesos que hemos referido : el conde Odoardo se retiró á Sicilia como hemos dicho, dejando á la jóven carmelita bajo la custodia del Señor.

Entraron los franceses en Nápoles, y se proclamó la república Partenopea : uno de los primeros actos del nuevo gobierno fué, como lo habia hecho su hermana primogénita la república francesa, abrir las puertas de todos los conventos y declarar que los votos pronunciados con violencia eran nulos.

Despues, como ese decreto era insuficiente para determinar á las mujeres especialmente á abandonar el asilo donde se habian acostumbrado á vivir y donde pensaban morir, se dió muy pronto otro decreto que declaraba la abolicion completa de las órdenes religiosas.

Forzoso fué entonces á las pobres palomas salir de su nido; Teresa se retiró á casa de una tia suya que la recibió como si fuera su hija; pero la casa de la marquesa de Livello (asi se llamaba la tia de Teresa) no era á propósito para que la jóven religiosa pudiese volver á encontrar la tranquilidad cuya pérdida sentia. La marquesa, cuya posicion aristocrática, y su fortuna y nacimiento la hacian estar unida de corazon á la casa de Borbon, habia temido verse comprometida por esa adhesion tan conocida, y se apresuró á recibir en su casa al general Championet y los principales gefes del ejército francés.

Entre esos oficiales habia un coronel jóven de veinte y cuatro años. En aquella época se llegaba muy pronto á ser coronel. Este sin cuna, sin fortuna, habia llegado á su grado ayudado únicamente por su valor. Apenas vió á Teresa se enamoró de ella; apenas Teresa le vió comprendió que hay otra felicidad en la vida que la soledad y el silencio del claustro.

Amáronse los jóvenes, el uno con la imaginacion de un francés, la otra con el corazon de una italiana. Sin em-

nargo, desde la primera vez que reflexionaron acerca de su posicion, habian comprendido que ese amor no podia menos de ser desgraciado. ¿Cómo podia casarse un coronel republicano con la hermana de un emigrado realista?

No por eso se amaron menos los jóvenes, y acaso por eso se amaron mas. Pasáronse tres meses como si fueran un solo dia; en seguida llegó al ejército francés aquella orden fatal que debia ser la señal de tan grandes desgracias, de batirse en retirada, y fué á despertar á los amantes en medio de su dorado sueño. No se trataba de abandonarse : el amor de los jóvenes era demasiado grande para fijarse ni por un instante en la idea de una separacion. Separarse era morir, y se sentian los dos tan dichosos, que deseaban mucho vivir.

En Italia, país de los amores repentinos, todo ha sido previsto para que á cada hora del día y de la noche pueda santificarse un amor del género del que unia al jóven coronel y á Teresa. Preséntanse dos amantes ante un sacerdote, le declaran que desean ser esposos, se confiesan, reciben la absolucion, van á arrodillarse delante del altar, oyen la misa, y son casados.

El coronel propuso á Teresa un matrimonio de este género. Teresa aceptó. Quedó convenido que durante la noche que precederia á la partida de los franceses, Teresa abandonaria el palacio de su tia, y los dos jóvenes irian á recibir la bendicion nupcial á la iglesia del Carmine, situada en la plaza del *Mercato nuovo*.

Todo se hizo como habia quedado convenido. Los dos jóvenes se presentaron ante el sacerdote, quien les dijo estaba dispuesto á unirlos en cuanto los oyera en confesion. Nada habia que contestar; esa era la costumbre : el coronel se conformó con ella, arrodillándose de un lado del confesonario, mientras la jóven se arrodillaba del otro; y aunque sin duda su relacion no estaba exenta de ciertos pecadillos, el sacerdote, que sabia es indispensable pasar

alguna cosa á un coronel y sobre todo á un coronel de veinte y cuatro años, le absolvió sus pecados con una facilidad enteramente patriarcal.

Mas contra lo que podia esperarse, no sucedió asi con la pobre Teresa. El sacerdote la perdonó sin dificultad de su amor; la perdonó la fuga de casa de su tia, puesto que aquella fuga tenia por objeto seguir á su marido; pero cuando la jóven le confesó que habia sido antes religiosa, que habia salido de su convento á consecuencia del decreto que abolia las órdenes, se levantó el sacerdote declarando que libre de esos lazos á los ojos de los hombres no estaba libre Teresa para con Dios. En consecuencia, se negó rotundamente á bendecir su union. Teresa suplicó, el coronel amenazó, mas el sacerdote permaneció tan insensible á las amenazas como á las súplicas. El coronel tenia gran deseo de atravesarle con su espada, pero reflexionó que no dejaria de casarse á pesar de aquello, y se llevó á Teresa entre sus brazos, jurándola que aquello no era mas que un retraso sin importancia, y que en cuanto llegasen á Francia encontrarían un sacerdote menos escrupuloso que aquel, el cual se apresuraria á reparar el tiempo perdido, uniéndolos sin dilacion y sin contestacion alguna.

Teresa amaba: creyó y consintió en seguir á su amante. Al dia siguiente encontró la marquesa de Livello una carta que la anunciaba la fuga de su sobrina. Esta noticia la causó un gran dolor. Sin embargo, no era toda la causa de ese dolor la desaparicion de Teresa. Ya hemos dicho los temores políticos de la marquesa. Esos temores la habian impulsado hasta obligarla á recibir como amigos, contra su opinion á los franceses, á quienes aborrecia. Ahora bien, preveia una reaccion realista, y tenia ya que responder á los partidarios de los Borbones de su facilidad en fraternizar con los patriotas: y ¡qué seria cuando se supiera que le habia sido confiada, la hermana del conde Odoar-

do, es decir, de uno de los mas ardientes *santa fede* de la córte del rey Fernando, se habia marchado de Nápoles con un coronel republicano! Considerábase ya la marquesa de Livello pérdida, guillotínada, presa, ó por lo menos proscrita. Tomó inmediatamente su resolucion: anunció que hacia algun tiempo que su sobrina iba perdiendo salud, y que suponiendo que el clima de Nápoles la era contrario, iba á retirarse á sus posesiones de Livello. En aquella misma noche, partió en un caruaje cerrado, donde figuraba ir con Teresa, y al dia siguiente llegó á su castillo, situado en territorio de Bari, cerca del pequeño rio Ofanto.

Era un castillo sombrío, aislado, solitario, y que convenia perfectamente á la resolucion que habia tomado. Al cabo de un mes se esparció en Nápoles el rumor de que Teresa acababa de morir de una enfermedad de languidez. Un certificado de un anciano sacerdote que estaba en la casa de la marquesa hacia cincuenta años, no dejó duda alguna sobre aquel suceso. Por otra parte, ¿á quién podia ocurrir la sospecha de que aquella noticia era un engaño? Se sabia que la marquesa adoraba á su sobrina, y habia anunciado que no tendria otra heredera; en fin, la marquesa habia difundido aquel rumor con tanta mas confianza, cuanto que Teresa la habia anunciado en su carta que no la volveria á ver mas.

El conde Odoardo llegó hasta la desesperacion. Lia y su hermana era todo lo que amaba en el mundo: felizmente le quedaba Lia.

Ya hemos referido como al entrar en Nápoles con el cardenal Ruffo, habia vuelto á ver Odoardo á Lia mas amante que nunca; tambien hemos dicho como habian sido enlazados, habiéndose alejado de Nápoles para dedicarse completamente á su amor. Habitaban, pues, la encantadora villa que hemos descrito, situada en la pendiente del Vesubio, y desde cuyos balcones se veian á la vez el volcan, el mar,

Nápoles, y toda la deliciosa campiña de la antigua Campania, que se estiende hácia Acerra.

Los recién casados recibían poca sociedad: la felicidad desea la calma y busca la soledad. Por otra parte, en los primeros días de su casamiento, una de las amigas de la condesa, yendo á hacerla su visita de enhorabuena, la había encontrado sola, y se había apresurado á felicitarla, no solo por su union con el conde Odoardo, sino también por el triunfo que ella había obtenido sobre su rival, triunfo de que aquella union era la prueba. Entonces, sin saber lo que significaban esas palabras, Lia había palidecido, y preguntó de qué rival quería hablarla, y á qué triunfo se refería. La deliciosa amiga refirió al punto á la jóven condesa que no se hablaba de otra cosa en la córte de Palermo que del amor que el conde había inspirado á la bella Emma Lyonna, la favorita de Carolina, rumor que había hecho temer á las amigas de la futura condesa que su matrimonio no fuese muy feliz; pero no había sucedido a el nuevo Reynaldo, estraviado un instante, según la officiosa amiga, había quebrantado al fin las cadenas de aquella otra Armida, y abandonando la isla encantada, donde por un instante se había perdido su corazón, había vuelto mas enamorado que nunca á sus primeros amores.

Lia había escuchado toda aquella historia con la sonrisa en los labios y la muerte en el alma; en seguida, la solícita amiga, satisfecha del dolor que había causado, se volvió á Nápoles, dejando en el corazón de la jóven desposada todas las angustias de los celos.

Así, apenas se cerró la puerta tras la que había ido á visitarla, Lia se deshizo en lágrimas: casi al mismo tiempo se abrió una puerta lateral, y entró el conde. Intentó Lia ocultar su llanto bajo una sonrisa; pero cuando quiso hablar, el dolor la ahogó, y en lugar de las tiernas pala-

bras que procuraba pronunciar; no pudo mas que prorumpir en sollozos.

Era esta pena demasiado profunda y muy inesperada para que el conde no quisiera saber su causa. Por su parte, Lia tenía el corazón demasiado lleno para contener largo tiempo semejante secreto: todo su dolor desbordó, sin vituperios, sin recriminaciones, sino tal como lo había experimentado, lleno de angustias y de amargura.

Odoardo sonrió. Había alguna cosa de cierto en lo que había referido á Lia, su caritativa amiga. La bella Emma Lyonna había distinguido efectivamente al conde; pero con gran admiración suya, su simpatía no había sido acogida sino con la fría política del hombre del mundo. En fin, presentósele la ocasión de abandonar la Sicilia con el cardenal Ruffo, y se había apresurado á aprovecharse de ella. Odoardo refirió todo esto á su mujer con el acento de la verdad, sin hacer valer de ningún modo el sacrificio. Tranquilizada Lia por su sonrisa, había concluido por olvidar esta aventura, como se olvidan las sospechas de amor, es decir, que no pensaba mas en ella que cuando estaba sola.

Una mañana que Odoardo había salido á amanecer para cazar en la montaña. Lia, al pasar por su habitación, vió sobre su mesa cuatro ó cinco cartas que el criado acababa de llevar de la ciudad; dirigió á ellas maquinalmente su vista; una de aquellas cartas tenía letra de mujer. Lia se estremeció. Tenía demasiado arraigado el sentimiento de su deber para romper el sello de aquella carta; pero no pudo resistir al deseo de asegurarse del género de sensación que experimentarí su marido al abrirla. Así que lo oyó entrar, se deslizó en un gabinete desde donde podía verlo todo, y esperó trémula y anhelante, como si fuera á decidirse para ella alguna cosa suprema.

Atravesó el conde su habitación sin detenerse, y entró en la de su mujer; le habían dicho que la condesa estaba en

ella, y creia encontrarla. La llamó. Responder era venderse á sí propia. Lia se calló, Odoardo se volvió entonces á su habitacion, dejó su escopeta en un rincon y arrojó su canana en un sofá; luego, adelantóse indiferente hácia la mesa donde estaban las cartas y las dirigió una mirada indiferente; mas apenas vió aquella letra menuda que habia alarmado tanto á la condesa, dió un grito, y sin fijar su atencion en las demás, se apoderó de ella. La simple vista de aquella letra habia causado al conde tal emocion, que se vió obligado á apoyarse en la mesa para no caer; permaneció un momento con los ojos fijos en el sobre, como si no pudiera dar crédito á sus ojos. En fin, rompió la nema temblando, miró la firma, la leyó con ávidez, devoró el contenido de la carta; y la cubrió de besos; luego quedó pensativo algunos minutos, como un hombre que consulta con sí mismo. En fin, habiendo vuelto á leer la carta, cuya importancia no era dudosa, la dobló cuidadosamente, miró á su derredor para asegurarse de que no habia sido visto, y creyéndose solo, la ocultó en el bolsillo del costado de su gaban de caza, de manera que sea por acaso ó con intencion, la carta se encontraba descansando sobre su corazon.

Aquella carta era de Teresa. A la vista de la letra de la que creia muerta, Odoardo se habia estremecido de sorpresa y habia creido ser el juguete de alguna ilusion. Entonces era cuando habia abierto aquella carta con tanta emocion y temor. Todo le fué revelado. El jóven coronel habia muerto en la batalla de Génova, y Teresa se habia encontrado sola y aislada en un país desconocido. Mujer del coronel, se hubiese vuelto á Francia, orgullosa con el nombre que habia llevado; pero el matrimonio no se habia verificado; tenia el derecho de llorar á su amante, y nada mas. Pensó entonces en su hermano, que tanto la amaba; á él únicamente confiaba su posicion; le suplicaba conservase su secreto, deseando continuar pasando como muerta

para con todos. Por lo demás, ella llegaba casi al mismo tiempo que su carta: rogaba á su hermano la escribiese una palabra á correo seguido, que la indicase donde podria parar. Aquí esperaria con toda la impaciencia de una hermana que tenia temor de no volverle á ver. Para mas seguridad, su carta no debia llevar ningun nombre, é ir dirigida á la señora***. Terminaba su carta recomendándole de nuevo el secreto, aun para su mujer, cuya severidad temia, y cuyo desprecio no podria soportar.

Odoardo cayó sobre una silla, sucumbiendo al exceso de su sorpresa y alegría.

No intentaremos describir la angustia que la condesa habia experimentado en la media hora que acababa de pasar. Veinte veces habia estado á punto de entrar, aparecer de repente al conde, y preguntarle frente á frente, si era así como guardaba los juramentos de fidelidad que la habia hecho. Pero contenida siempre por ese sentimiento que quiere llegue la desgracia hasta el colmo, habia quedado inmóvil y sin poder articular palabra, fija en el sitio en que estaba como si se hallase bajo el influjo de un sueño.

Comprendió, sin embargo, que si el conde la encontraba allí adivinaria que habia visto todo, y por consecuencia estaria prevenido. Apresuróse, pues, á salir al jardin, y por una reaccion desesperada sobre sí misma, consiguió al cabo de algunos minutos volver á sus facciones alguna tranquilidad; mas en cuanto á su corazon, parecia á la condesa que una serpiente le devoraba.

Tambien el conde bajo al jardin: los dos se encontraron al punto, y los dos al encontrarse hicieron un esfuerzo visible sobre sí mismos, el uno por disimular su alegría, la otra para ocultar su dolor.

Odoardo se dirigió presuroso hácia su mujer. Lia le esperó. La abrazó con un movimiento tan fuerte, que era casi convulsivo.

¿Qué teneis, amigo mio? preguntó la condesa.

— ¡Oh! ¡ soy muy feliz! exclamó el conde.

Lia se sintió próxima á desmayarse.

Volviéronse los dos á la casa para comer. Terminada la comida, durante la que pareció Odoardo preocupado de tal modo, que no fijó su atencion en la preocupacion de su mujer, se levantó y tomó su sombrero.

— ¿Dónde vais? preguntó Lia temblando.

Habia en el tono con que eran pronunciadas estas palabras un acento tan estraño, que Odoardo miró á Lia con admiracion.

— ¿Dónde voy? dijo mirando á Lia.

— Si ¿dónde vais? replicó Lia con un acento mas dulce, y esforzándose por sonreír.

— Voy á Nápoles. ¿Qué tiene de estraño que vaya á Nápoles? continuó Odoardo riendo.

— ¡Oh! nada, sin duda, pero no me habiais dicho que no me dejarías esta noche.

— Una de las cartas que he recibido esta mañana me obliga á dar este paso, dijo el conde; pero volveré temprano, no tengas cuidado.

— ¿Es, pues, un negocio importante el que os llama á Nápoles?

— De la mas alta importancia.

— ¿No podeis dejarlo para mañana?

Imposible.

En ese caso, id.

Pronunció Lia esta última palabra con tal esfuerzo, que el conde se dirigió hácia ella, y abrazándola para besarla en la frente:

— ¿Sufres, amor mio? le dijo.

— Absolutamente nada, respondió Lia.

— Pero algo te aqueja, añadió el conde insistiendo.

— ¿A mi? nada, absolutamente nada, ¿Qué quieres que tenga?

Lia pronunció estas palabras con una sonrisa tan amarga, que Odoardo se persuadió de que habia en ella algo de extraordinario.

— Escucha, querida, le dijo, ignoro si tienes algun motivo de disgusto; pero lo que sé es que mi corazon me dice que sufres.

— Vuestro corazon se engaña, dijo Lia; partid tranquilo, y no os inquieteis por mí.

— ¿Me será posible separarme de tí un momento, cuando de ese modo te despides de mí?

— ¡Y bien! puesto que lo quieres, dijo Lia haciendo un nuevo esfuerzo sobre sí misma, vé, Odoardo mio, y vuelve pronto. Adios.

En este tiempo habian ensillado el caballo favorito del conde, y pateaba al pié de la escalinata. Montó Odoardo y se alejó saludando á Lia con la mano. Asi que desapareció tras el primer grupo de árboles, subió Lia á un pabelloncito que coronaba la azotea, y desde donde se veia todo el camino de Nápoles.

Desde allí vió á Odoardo que se dirigia á la ciudad á todo el galope de su caballo. Oprimióse mas fuertemente su corazon; porque en vez de figurarse que lo hacia para estar mas pronto de vuelta, pensó que era por alejarse mas rápidamente.

Odoardo iba á Nápoles para buscar una habitacion á su hermana.

Primero tuvo la idea de alquilarla un palacio, despues comprendió que no seria obrar con arreglo á las instrucciones que habia recibido, y que mas valia alguna habitacion pequeña y aislada en un barrio estraviado. Encontró lo que buscaba en la calle de San Giácomo, numero 11, piso tercero, en casa de una pobre mujer que alquilaba habitaciones amuebladas. Pero despues de haber elegido lo que reservaba para Teresa, mandó ir un tapicero, é hizo le prometiese que al dia siguiente por la mañana es-

tarian cubiertas de seda las paredes, y de alfombras los ladrillos. El tapicero se comprometió á hacer de aquella pobre habitacion un retérito digno de una duquesa. Recibió el tapicero la paga de antemano, dándole una tercera parte mas de lo que pedia.

Al salir volvió á encontrar el conde á su huésped; estaba con su hermana, vieja endemoniada como ella. Recomendóla el conde tuviera todas las atenciones posibles con su nueva inquilina. La huésped preguntó cuál era su nombre. El conde respondió que era inútil supiese aquel nombre, que se presentaría una mujer jóven y bonita preguntando por el conde Giordani, y que para aquella mujer era para quien se destinaba la habitacion. Cambiaron las dos viejas entre sí una sonrisa que el conde no vió, ó en la que no fijó su atencion. En seguida, sin tener tiempo para escribir, tan inquieto estaba por Lia, volvió á tomar el camino de la villa Giordani, pensando enviar la carta con un criado.

Habia permanecido Lia en el pabellon hasta que perdió de vista á su marido. Entonces habia vuelto á bajar á su habitacion, siguiéndole todavía con las inquietas y penetrantes miradas de los celos. Estaba tan oprimido su corazon, que no le sentia palpar; no podia ni llorar ni gritar; era un suplicio espantoso, y la parecia que no se podia sufrir sin morir. Permaneció Lia dos horas con la cabeza echada sobre el respaldo de su sillón, teniendo entre sus dedos retorcidos sus cabellos. Al cabo de dos horas oyó el galope del caballo; era Odoardo que volvía; conoció que en aquel momento no podría verle, y creía que le odiaba tanto como le habia amado; corrió hácia la puerta y echándola el cerrojo se volvió á echar sobre su cama. No tardó en oír los pasos del conde que se aproximaba á la puerta; intentó abrirla, pero la puerta resistió. Entonces habló en voz baja, y Lia oyó estas palabras llegar hasta ella. — Soy yo, querida, ¿duermes?

Lia no respondió. Unicamente volvió la cabeza á mirar del lado de donde salía aquella voz, con ojos ardientes por la fiebre.

— Respóndeme, continuó Odoardo.

Lia se calló.

Entonces oyó los pasos del conde que se alejaban. Un instante despues llegó de nuevo su voz hasta ella: preguntaba á su doncella si sabia donde estaba su señora; mas no habiéndose apercebido de nada, respondió la doncella que su señora habia vuelto á entrar en su alcoba, y que fatigada sin duda del calor, se habia acostado y dormido.

— Está bien, dijo el conde, voy á escribir. Cuando la condesa se despierte, avisadme.

Y Lia oyó que Odoardo volvía á entrar en su gabinete, y que se sentaba ante una mesa. Las dos habitaciones estaban contiguas; Lia se levantó suavemente, quitó la llave de la puerta y miró por la cerradura. Odoardo escribía efectivamente; y sin duda la carta que escribía respondía á una necesidad de su corazon, porque estaba retratada en su rostro la espresion de una dicha infinita.

— ¡ La escribe! murmuró Lia.

Y continuó mirando, vacilando entre sus celos que la inclinaban á abrir aquella puerta, correr hácia el conde, arrancarle aquella carta de sus manos, y un resto de razon que la decia que acaso no era á una mujer á quien escribía, y que mas valia esperar.

El conde terminó la carta, la cerró, puso el sobre, llamó á un criado y le mandó montar á caballo y llevar al instante la carta que acababa de escribir.

Esta era la que Teresa debia encontrar á correo seguido.

El criado tomó la carta de manos del conde, y salió.

Corrió la condesa hácia una pequeña puerta de escape que daba desde su gabinete de tocador al corredor, y bajó al jardín. En el momento en que el criado iba á atré-

vesar la verja del parque, encontró á la condesa.

— ¿Dónde vais tan tarde, Giuseppe? preguntó la condesa.

— A llevar de parte del señor conde esta carta al correo, respondió el criado.

Y al decir estas palabras alargó la carta hácia la condesa; Lia dirigió una rápida mirada al sobre y leyó:

A LA SEÑORA DE***

EN NÁPOLES

— Está bien, dijo; id.

El criado marchó al galope.

Esta vez ya no la quedaba duda; era efectivamente á una mujer á quien escribía, á una mujer que ocultaba su nombre bajo un signo, á una mujer que por consecuencia queria permanecer desconocida. ¿Por qué ese misterio, si no habia en su conducta alguna intriga criminal? Desde entonces la condesa tomó su partido. Resolvió disimular á fin de espiar á su marido hasta el fin, y con una fuerza de voluntad de que ella misma se hubiera creído incapaz, volvió á entrar en su habitacion, y abriendo la puerta que daba á la del conde, se adelantó hácia Odoardo con la sonrisa en los labios.

Al dia siguiente habia olvidado Odoardo completamente aquella preocupacion que habia observado la víspera en el rostro de Lia, y que le habia inquietado por un momento. Lia aparecia mas alegre y mas confiada que nunca en el porvenir.

Era un domingo al siguiente dia. La mañana de los dias de fiesta la dedicaba la condesa á una gran distribucion de limosnas. Asi que desde las ocho de la mañana estaba la reja del parque llena de pobres.

Despues del almuerzo, el conde, que estaba acostumbra-

do á dejar aquella obra de caridad á su mujer, tomó su escopeta, su canana y su perro, y se fué á dar una vuelta por el monte.

Subió Lia al pabellon, vió á Odoardo alejarse en la direccion del Avelino. Esta vez no iba, pues, á Nápoles.

Respiró. Desde la víspera era la primera ocasion en que se encontraba sola consigo misma.

Al cabo de un instante, llegó su doncella á decirle que la esperaban los pobres.

Bajó Lia, cogió un puñado de carlinos, y se dirigió hácia la reja del parque. A cada uno le tocó su parte: ancianos, mujeres, niños, todos estendieron hácia la bella condesa su mano vacía, y la retiraron rica con una limosna.

A medida que se verificaba la distribucion se retiraban los que habian recibido y dejaban el puesto á otros. No faltaba ya mas que una anciana que sentada en una piedra todavia no habia pedido ni recibido nada, y que como si hubiese estado dormida, apoyaba la cabeza en sus rodillas.

Lia la llamó, ella no respondió; Lia adelantó algunos pasos hácia ella, la anciana permaneció inmóvil; en fin Lia la tocó en el hombro, y levantó la cabeza.

— Tomad, buena mujer, dijo la condesa presentándola una pequeña moneda de plata, tomad y rogad por mí.

— No pido limosna, dijo la anciana, digo la buena ventura.

Miró entonces Lia á la que habia tomado por una pobre, y reconoció su error.

En efecto, su trage, que era el de las aldeanas de Solatra y Avelino, no indicaba precisamente la miseria, llevaba un corpiño azul bordado con una especie de greca, un cinturon de color rojo, una servilleta doblada puesta por la frente á la manera de Aquila, un delantal festonado con un arabesco, y anchas mangas de tela gris por las que salian sus desnudos brazos. Su cabeza que hubiese podido

servir de modelo á Schultz para pintar una de esas ancianas aldeanas á que es tan aficionado, tenia mucha originalidad y parecia tallada en una piedra negruzca. Las arrugas y los pliegues que la surcaban aparecian con tanta firmeza, que se diria habian sido hechas con el cincel. Todo su rostro tenia la inmovilidad de la vejez. Solo sus ojos vivian y parecian tener el don de leer hasta el fondo del corazon.

Reconoció Lia en ella una de esas gitanas á quienes su vida errante ha entregado algunos de los secretos de la naturaleza, y que han envejecido especulando con la ignorancia ó con la curiosidad. Lia habia tenido siempre repugnancia á los pretendidos hechiceros. Dió, pues, un paso para alejarse.

— ¿No quereis, pues, que os diga vuestra buena ventura, señora, ? replicó la anciana.

— No, dijo Lia, porque mi buena ventura, á ser verdadera, podria consistir en una sombría revelacion.

— El hombre es frecuentemente mas inclinado á conocer el mal que le amenaza que el bien que puede sucederle ; respondió la anciana :

— Si, tienes razon, dijo Lia. Y si yo pudiese creer en tu ciencia no vacilaria en consultarte.

— ¿Y qué arriesgais? replicó la anciana. A las primeras palabras que yo diga, vereis si miento.

— Tú no puedes conocer lo que yo deseo saber, dijo Lia. Asi que seria inútil.

— ¡Quién sabe! dijo la anciana. Ensayad.

Sintióse Lia combatida por ese doble movimiento cuya influencia habia experimentado la víspera. En esta ocasion cedió á su mal genio, y aproximándose á la anciana.

— ¡Y bien! ¿qué necesito hacer? preguntó.

— Dadme vuestra mano, respondió la anciana.

La condesa se quitó su guante y estendió su blanca mano que la anciana tomó entre las suyas negras y arru-

gadas. Era digna composicion de un cuadro aquella jóven bella, elegante y aristocrática en pié, pálida é inmóvil ante aquella vieja aldeana con sus vestidos groseros, y su tez quemada por el sol.

— ¿Qué deseais saber? dijo la gitana, despues de haber examinado las lineas de la mano de la condesa con tanta atencion como si hubiese podido leer en ellas tan fácilmente como en un libro. Decid, ¿qué deseais saber? el presente, el pasado ó el porvenir.

Pronunció la anciana estas palabras con tal confianza que Lia se estremeció ; era italiana, es decir supersticiosa, habia tenido una nodriza calabresa, habia sido mecida en la cuna al rumor de leyendas de vampiros y gitanos.

— Lo que deseo saber, dijo intentando dar á su voz la seguridad de la ironía; deseo saber el pasado ; el me indicará la fé que puedo tener en el porvenir.

— Habéis nacido en Salerno, dijo la anciana, sois rica, noble, habéis cumplido veinte años en la última fiesta de la Madona del Arco, y os habéis casado últimamente con un hombre de quien habéis estado separada largo tiempo y á quien amais extraordinariamente.

— Eso es, ciertamente es eso, dijo Lia palideciendo ; hé ahí el pasado.

— ¿Quereis saber el presente? dijo la anciana fijando en la condesa sus ojillos de víbora.

— Si, dijo Lia despues de un momento de silencio y vacilacion : si, lo quiero.

— ¿Os sentís con valor para oirlo?

— Tengo ánimo.

— Mas si digo la verdad, ¿qué me dareis? preguntó la anciana.

— Esta bolsa, respondió la condesa sacando de su bolsillo una pequeñita adornada con perlas y en la que á través de las mallas de la seda se veia brillar el oro de unos veinte sequies.

Dirigió la anciana al oro una mirada avara, y estendió instintivamente la mano para apoderarse de él.

— ¡Un instante! dijo la condesa, todavía no le habeis ganado.

— Es cierto, señora, respondió la anciana. Volvedme á dar vuestra mano.

Lia dió por segunda vez su mano á la gitana.

— Sí, el presente murmuró la anciana, el presente es muy triste para vos, señora, porque hé aquí una línea que va desde el pulgar al anular y que me dice que sois celosa.

— ¿No tengo razon para serlo? preguntó Lia.

— ¡Oh! eso no puedo deciroslo, replicó la gitana, porque aquí la línea se confunde con otras dos. Solo lo que sé, es, que vuestro marido tiene un secreto que os oculta.

— Sí, eso es, murmuró la condesa; continuad.

— El objeto de ese secreto, es una mujer, continuó la gitana.

— ¿Jóven? preguntó Lia.

— ¡Jóven!... Sí, jóven, respondió la gitana despues de vacilar un momento.

— ¿Bonita? continuó la condesa.

— ¡Bonita! la veo á través de un velo; no puedo, pues, responderos.

— ¿Y donde está esta mujer.

— No lo sé.

— ¡Cómo! ¿no lo sabes?

— ¡No! no sé donde está hoy. Me parece que está en una iglesia, y no veo hácia ese lado; pero puedo deciros donde estará mañana.

— ¿Y dónde estará mañana?

— Mañana estará en una pequeña habitacion de la calle de San Giácomo, número 11, piso tercero, donde esperará á vuestro marido.

— ¡Quiero ver á esa mujer! exclamó la condesa alar-

gando su bolsa á la gitana. Cincuenta zequies si la veó.

— Yo os la haré ver, dijo la anciana; pero con una condicion.

— Habla. ¿Cuál?

— Que cualquiera cosa que sea la que veais ú oigais, no os presentareis.

— Te lo prometo.

— No es bastante prometerlo; es preciso jurarlo.

— Te lo juro.

— ¿Sobre qué?

— Por las llagas de Cristo.

— Bien. Ademas será preciso os procureis un hábito de religiosa, á fin de que si os oncontrasen no seais conocida.

— Enviaré á pedir uno al convento de Santa Maria de las Gracias, de que es abadesa mi tia; ó mejor... espera.... Iré desde por la mañana bajo el pretesto de hacerle una visita; vé á buscarme á las diez, con un carruage cerrado, y espérame en la puertecita que da á la calle de la Arenaccia.

— Muy bien, dijo la gitana; estaré allí.

Lia volvió á entrarse en su casa, y la anciana se alejó moviendo su trémula cabeza y contando su oro.

A las dos volvió Odoardo, Lia le oyó preguntar al ayuda de cámara si no habian llevado alguna carta para él. El ayuda de cámara respondió que no.

Fingió Lia no haber oido nada mas que los pasos del conde, pasos que tan perfectamente conocia, y abrió la puerta sonriendo.

— ¡Oh! ¡qué buena sorpresa! le dijo. Has vuelto mas pronto que lo que esperaba.

— Sí, dijo Odoardo dirigiendo la vista hácia la parte des Vesubio; sí, estaba alarmado, ¿no sientes un calor sofocante? ¿no ves que el humo del Vesubio es mas espeso que de costumbre?; la montaña nos promete alguna cosa!

— No siento nada, nada veo, dijo Lia. Por otra parte ¿no estamos en el lado privilegiado?

— Sí, al presente mas privilegiado que nunca, dijo Odoardo : un ángel le guarda.

Aquella noche se pasó como la anterior, sin que el conde concibiese sospecha alguna, tanto supo disimular Lia su dolor. Al día siguiente, á las nueve de la mañana, pidió al conde permiso para ir á ver á su tía la superiora del convento de Santa María. El permiso le fué graciosamente concedido.

El Vesubio tomaba un aspecto cada vez mas amenazador; pero tenian los dos esposos demasiadas cosas en su corazon y en su cerebro para pensar en el Vesubio.

Subió la condesa al carruage, y se hizo conducir al convento de Santa María de las Gracias. Asi que llegó, dijo á su tía que para ejecutar de incógnito una obra de caridad, tenia necesidad de un hábito de religiosa. Hizo la abadesa que la llevasen uno proporcionado á su estatura. Púsosele Lia. Cuando acababa su monástico atavío, hizo la anciana la pasasen recado : esperaba á la puerta con el carruage cerrado. Cinco minutos despues se detenía el carruage en el ángulo que forma la calle de San Giácomo con la plaza de Santa Medina.

Lia y su conductora se apearon y anduvieron algunos pasos; en seguida entraron por una puertecita situada á la izquierda, encontraron una escalera sombría y estrecha, y subieron al tercer piso. En cuanto llegaron allí, empujó la anciana una puerta y entró en una especie de antesala, donde la esperaba otra anciana. Las dos gitanas obligaron entonces á Lia á que ratificase su juramento de no decir nada acerca del modo como había descubierto la infidelidad de su marido; repetido el juramento en los mismos términos que la primera vez, la introdujeron en una pequeña habitacion, en cuyo tabique se había practicado una

abertura casi imperceptible. Lia dirigió su vista por aquella abertura.

La primera cosa que la admiró en aquella habitacion, y la única que atrajo desde luego toda su atencion, fué una encantadora jóven de su edad, sobre poco mas ó menos, reclinada vestida en un lecho colgado de muaré azul con viso argentino; parecia haber cedido al cansancio y dormía profundamente.

Volvióse Lia para responder á una ú otra de las dos ancianas; pero ambas habian desaparecido. Miró otra vez con avidez por la abertura.

La jóven se despertaba; acababa de levantar su cabeza, que apoyaba todavía dormida sobre su mano. Sus largos cabellos negros caian rizados desde su frente hasta la almohada, medió velándola el rostro. Meneó la cabeza para separar aquel velo, abrió lánguidamente los ojos y miró á su alrededor como para reconocer donde estaba; en seguida, tranquilizada sin duda por aquella inspeccion, una leve y triste sonrisa vagó por sus labios; hizo una corta oracion mental, besó un pequeño Crucifijo que llevaba al cuello, y bajándose del lecho, fué á levantar la persiana del balcon, estuvo mirando largo tiempo á la calle como si esperara á alguno, y no pareciendo todavía nadie, se sentó.

En aquel tiempo Lia la habia seguido con mirada atenta, y aquel prolongado exámen destrozó su corazon. Aquella mujer tenia una belleza perfecta.

Dirigióse entonces la mirada de Lia, separándose de aquella mujer, á los objetos que la rodeaban. La habitacion que ocupaba era semejante á aquella en que Lia habia sido introducida; pero en la habitacion inmediata habia reunido una mano previsora todos esos mil detalles de lujo de que necesita siempre ir acompañada, como una pintura necesita de su marco, la mujer linda, elegante y aristocrática, mientras que la otra habitacion, la en que se encontraba Lia, con sus paredes desnudas, sus sillas de

paja, sus mesas cojas, habia conservado su carácter de miseria y de antigüedad.

Era evidente que la otra habitacion habia sido preparada para recibir á la bella huésped.

Continuaba esta esperando en la misma postura, pensativa y melancólica, con la cabeza inclinada sobre su pecho, á aquel que sin duda habia dispuesto el adorno del encantador retrete que ella ocupaba. De repente levantó la cabeza, prestó con ansiedad atento oído y permaneció medio incorporada y con los ojos fijos en la puerta. No tardó sin duda el ruido que la habia sacado de sus sueños en hacerse mas perceptible; levantóse completamente, apoyando una mano en su corazon, y buscando con la otra un apoyo, porque palidecia visiblemente y parecia próxima á desmayarse. Hubo entonces un momento de silencio, durante el cual el ruido de los pasos de un hombre subiendo la escalera llegó hasta la misma Lia; en seguida la puerta de la habitacion inmediata se abrió: la desconocida lanzó un gran grito, estendió los brazos y cerró los ojos como si no pudiera resistir á su emoción. Precipitóse un hombre en la habitacion y la estrechó contra su corazon en el momento en que iba á caer. Este hombre era el conde.

La jóven y él solo pudieron cambiar dos palabras:

— ¡Odoardo!

— ¡Teresa!

La condesa no pudo sufrir mas; lanzó un doloroso gemido y cayó desmayada en el suelo.

Cuando recobró sus sentidos, estaba en otra habitacion. Las dos ancianas la arrojaban agua al rostro y la hacían respirar vinagre.

Levantóse Lia con un movimiento rápido como el pensamiento, y quiso lanzarse hácia la puerta de la habitacion donde estaban Odoardo y la desconocida, pero las dos ancianas la recordaron su juramento. Lia bajó la cabeza

ante una promesa sagrada, sacó de su bolsillo una bolsa que contenia cincuenta lises, y la dió á la gitana; este era el precio de la profecía hecha por ella, y que se habia verificado tan puntual y cruelmente.

La condesa bajó la escalera, volvió á subir en su carruage, dió maquinalmente la órden de que la condujesen al convento de Santa Maria de las Gracias, y volvió á entrar en el convento de su tia.

Lia iba tan pálida, que al punto conoció la buena abadesa que acababa de sucederle alguna cosa; pero á todas las preguntas de su tia respondió Lia que se habia puesto mala, y que aquel resto de palidez provenia del desmayo que acababa de experimentar.

El cariño de la superiora se alarmó tanto mas, cuanto que refiriéndola el accidente que acababa de sucederle, conocia que su sobrina le ocultaba la causa. Así que hizo todo lo que pudo para obtener de la condesa se quedase en el convento hasta que se restableciese completamente; pero la emoción que habia experimentado Lia no era una de esas sacudidas de que es fácil reponerse en pocas horas. La herida era profunda, dolorosa y envenenada. Lia contestó con una sonrisa amarga á los temores de su tia, y sin intentar siquiera disiparlos, declaró queria volverse á su casa.

La abadesa la mostró entonces la cima de la montaña completamente envuelta en humo, y la dijo que siendo inevitable una próxima erupcion, seria mas razonable que enviase á decir á su marido fuera á reunirse con ella y esperar la erupcion en un lugar seguro. Pero Lia la respondió señalándola con la mano aquella verde pendiente de la montaña por la que, desde que el Vesubio existia, ni el mas pequeño arroyo de lava habia corrido. Viendo entonces la abadesa que su resolucion era irrevocable, se despidió de ella encomendándola á Dios.

II.

La condesa volvió á subir al carruaje. Diez minutos despues estaba en la villa Giordani.

Odoardo no habia vuelto todavía.

Allí aumentó extraordinariamente el dolor de Lia. Recorrió como una insensata las habitaciones y los jardines; cada habitacion, cada grupo de árboles, cada calle, tenia para ella un recuerdo, delicioso tres días antes, mortal hoy. En todas partes la habia dicho Odoardo que la amaba. Cada objeto la recordaba una palabra de amor. Creyó entonces Lia que todo habia concluido para ella, y que la seria imposible vivir así; pero conoció tambien que la seria imposible morir dejando á Odoardo en el mundo que habitaba su rival. Ocurrióla en aquel momento una idea terrible: asesinar á Odoardo y matarse en seguida. Cuando esta idea se ocurrió á su imaginacion, poco faltó para levantarse con un grito de horror; mas poco á poco obligó á su cabeza á fijarse en aquel pensamiento, como un animoso caballero obliga á su rebelde corcel á salvar el obstáculo que le habia al principio causado espanto.

Muy pronto aquel pensamiento lejos de inspirarla temor, la causó un sombrío regocijo; veíase con el puñal en la mano, despertando á Odoardo de su sueño, gritándole en nombre de su rival, mientras le heria mortalmente dos veces, hiriéndose á su vez muriendo á su lado, y condenándole á sus abrazos para toda la eternidad. Y Lia se admiraba de que en el fondo de un dolor tan punzante pudiese producir tan grande alegría semejante resolucion.

Fué al gabinete de Odoardo. Allí habia trofeos de armas de todos los países, de todas clases, desde el crik envenenado del malayo, hasta el hacha gótica del caballero franco. Lia descolgó un precioso cangiar turco, con vaina de terciopelo, y el mango todo esmaltado de topacios, perlas y diamantes. Llevóle á su alcoba, probó la punta en la yema de uno de sus dedos, de la que saltó una góta de

cangre roja y brillante como un rubí, y en seguida le ocultó bajo su almohada.

En aquel momento oyó el relincho del caballo de Odoardo, y como se encontraba ante un espejo, vió que se habia quedado pálida como un cadáver. Púsose entonces á reir de su debilidad, pero el eco de su propia risa la aterrorizó y se detuvo temblando.

En aquel momento oyó los pasos de su marido que subia la escalera. Fué corriendo á los balcones y dejó caer las cortinas á fin de aumentar la oscuridad y ocultar al conde la alteracion de su rostro.

Abrió el conde la puerta, y deslumbrado todavía por el resplandor exterior, llamó Lia con el tono mas dulce y tierno de su voz. Lia sonrió con desden, y levantándose del sillón en que estaba sentada tras las colgaduras del balcon, dió algunos pasos adelante.

Odoardo la abrazó con esa efusion del hombre dichoso que tiene necesidad de comunicar su felicidad á todo lo que le rodea. Creyó Lia que su marido se degradaba hasta el punto de fingirla un amor que no experimentaba. Un momento antes habia creído odiarle; ahora ya creia despreciarle.

Pasóse así el día, y llegó al fin la noche. Muchas veces Odoardo mirando á su mujer que se esforzaba por sonreír cuando la miraba, abrió la boca como para revelar un secreto; pero otras tantas contuvo las palabras en sus labios y el secreto volvió á quedar en su corozon.

Durante las primeras horas de la noche, las amenazas del Vesubio llegaron á ser mas horrosas que nunca. Repetidas veces propuso Odoardo á su mujer abandonar la villa é irse á su palacio de Nápoles; pero Lia calculó que aquella proposicion la hacia Odoardo para aproximarse á su rival, estando situado el palacio del conde en la calle de Toledo, á cien pasos escasos de la de San Giacomó. Así siempre que el conde la hacia la proposicion le recordó

ella que el lado del Vesubio, donde estaba situada la villa, habia sido siempre respetado por el volcan. Convino en ello Odoardo, pero no desistió y quedó decidido que si al dia siguiente era el mismo el estado de la montaña, abandonarían la villa para ir á esperar en Nápoles el fin del suceso.

Consintió Lia en ello. La quedaba la noche para su venganza, no pedia otra cosa.

Por un extraño fenómeno atmosférico, á medida que la oscuridad se estendía sobre la tierra, el calor aumentaba. En vano los balcones de la villa estaban abiertos como de costumbre para aspirar el soplo del anochecer; la brisa cotidiana habia faltado, y en su lugar se desprendía del hirviente mar un vapor pesado y tibio casi perceptible á la vista, y que se esparcía como una niebla por la superficie de la tierra. El cielo en lugar de estar como de ordinario tachonado de estrellas, parecia una cúpula de estaño enrojado, pesando poderosamente sobre el mundo. Un insoportable calor pasaba á bocanadas de la parte de la montaña y descendiendo hácia la villa ese enervante calor, parecia cada vez que se dejaba sentir, llevarse consigo una porcion de fuerzas humanas.

Odoardo quiso velar. Aquellos síntomas tan conocidos le inquietaban por Lia, pero Lia le tranquilizaba riéndose de sus temores; Lia parecia insensible á todos aquellos fenómenos. Cuando el conde se tendia sin fuerzas y con los ojos medio cerrados en un sillón, Lia permanecia de pié, firme, erguida é inmóvil, sostenida por el dolor que velaba en el fondo de su alma. Concluyó el conde por creer que la debilidad que experimentaba provenia de una mala disposicion de parte suya. Pidió á Lia riendo le diese su brazo, se apoyó en él para llegar á su lecho, se echó encima vestido, luchó un instante todavía contra el sueño, y cayó al fin en una especie de adormecimiento letárgico, y se durmió con la mano de Lia entre las suyas.

Quedó Lia de pié junto al lecho, silenciosa y sin hacer movimiento alguno mientras creyó que el sueño no habia adquirido todavía todo su imperio. Luego, cuando estuvo segura de que el conde era ya insensible al ruido como al tacto, retiró suavemente su mano, se dirigió hácia la antecámara, dió orden á los criados de que partiesen al instante mismo para Nápoles á fin de preparar el palacio para recibirlos al dia siguiente por la mañana, y volvió á entrar en su habitacion.

Los criados, gozosos con poderse poner en seguridad cumpliendo con su deber, se alejaron en el mismo instante. La condesa, apoyada en una ventana que estaba abierta, los oyó salir, cerrar la puerta de la casa, y despues la verja del jardín. Bajó entonces, visitó las antecámaras, las galerías, la repostería. La casa estaba desierta: como la condesa lo deseaba, habia quedado sola con Odoardo.

Volvió á su alcoba, se aproximó á su lecho con paso firme, buscó bajó su almohada, cogió el cangiar, le desenvainó, examinó de nuevo su hoja corva y llena de arabescos de oro; despues con los labios contraídos, los ojos fijos, la frente fruncida, se dirigió á la alcoba de Odoardo, semejante á Gulnara dirigiéndose á la habitacion de Seide.

La puerta de comunicacion estaba abierta, y la luz que habia dejado Lia en su alcoba proyectaba sus rayos en la del conde. Adelantóse, pues, hácia su lecho guiada por aquel resplandor. Odoardo continuaba echado en la misma postura y en la misma inmovilidad.

En cuanto llegó á la cabecera, estendió Lia la mano para buscar el sitio donde debia herir. El conde, sofocado por el calor se habia quitado antes de acostarse su corbata, y desabrochado el chaleco y la camisa. La mano de Lia encontró, pues, sobre su desnudo pecho en el sitio mismo del corazón, un pequeño medallon que contenia un retrato y cabellos que ella le habia dado en el momento en

que había partido para Sicilia, y que desde entonces jamás había abandonado.

La suprema exaltación se toca con la suprema debilidad. Apenas Lia tentó y reconoció aquel medallón, la pareció que un velo se levantaba y que veía volver á pasar una á una como dulces y encantadoras sombras, las primeras horas de su amor. Recordó con esa rapidez maravillosa del pensamiento que envuelve años en el espacio de un segundo, el día en que vio á Odoardo por primera vez, el en que la declaró que la amaba, el en que partió para Sicilia, y el en que volvió para casarse con ella; toda esa felicidad que había gozado sin fatiga, diseminada, por decirlo así, en su vida, la dejó sin fuerza condensándose en su pensamiento. Doblóse bajo el peso de los días felices, y dejando escapar el cangiar de su trémula mano, cayó de rodillas junto al lecho, mordiendo la ropa para ahogar los gritos que querían salir de su pecho, y suplicando á Dios enviase á ambos la muerte que temía no tener valor de dar ni de recibir.

En el mismo momento en que terminaba aquella plegaria, se oyó un rugido sordo y prolongado, una sacudida violenta conmovió el suelo, y la habitación se iluminó con un sangriento resplandor. Levantó Lia la cabeza: todos los objetos que la rodeaban habían adquirido un tinte fantástico. Corrió á la ventana creyéndose bajo el imperio de una alucinación; pero entonces comprendió todo.

Acababa de hendirse la montaña en la extensión de un cuarto de legua. Una abrasadora llama se escapaba por aquella grieta infernal, y en la base de aquella llama hervía dirigiéndose hácia la villa, un río de lava que amenazaba tragarla y devorarla antes de un cuarto de hora.

Lia en vez de aprovechar el tiempo que la quedaba para salvar á Odoardo y salvarse con él, creyó que Dios había oído y atendido á sus súplicas, y sus pálidos labios mur-

muraron estas impías palabras: « Señor, Señor, eres grande, eres misericordioso, yo te doy gracias;... »

En seguida, con los brazos cruzados, la sonrisa en los labios, chispeantes sus ojos con una mortal voluptuosidad, iluminada por aquel reflejo rojizo sangriento, silenciosa é inmóvil, siguió con la vista los devoradores progresos de la lava.

El torrente, como hemos dicho, avanzaba directamente hácia la villa Giordani como si semejante á una de las ciudades malditas estuviese condenada por la cólera de Dios, y fuese ella sobre todo y antes de todo lo que aquel fuego de la tierra, rival del fuego del cielo, tuviese misión de destruir y castigar. Pero el curso del río de fuego era bastante lento para que los hombres y los animales pudiesen huir ante él ó separarse de su paso. A medida que avanzaba, la atmósfera de pesada y húmeda que era se hacía seca y ardiente. Largo tiempo antes de llegar la lava los objetos arraigados á la tierra y en apariencia insensibles, á la aproximación del peligro parecía que recibían nueva vida para morir. Secábanse los manantiales produciendo ciertos silbidos, secábase la yerba agitando sus amarillentas hojas, los árboles se torcían encorbándose como para huir del lado opuesto á aquel de donde venía la llama. Los perros que quedaban por la noche en el parque se habían refugiado á la escalinata, y arrimándose á la pared aullaban tristemente. Todas las cosas creadas, mudas por el instinto de la conservación, parecía que se reaccionaban contra el espantoso azote. Solo Lia apresuraba con el gesto su carrera y murmuraba en voz baja: ¡ ven! ¡ ven! ven!

En aquel momento creyó Lia que Odoardo se despertaba: se lanzó hácia su lecho. Se engañaba; Odoardo, sobre quien pesaba durante aquella atmósfera voraz, alguna terrible pesadilla, parecía querer rechazar lejos de sí un objeto amenazador. Lia le miró un instante, asustada por la dolo-

rosa espresion de su rostro. Pero en aquel momento se desató el nudo que sujetaba sus palabras. Odoardo pronunció el nombre de Teresa. ¡Era, pues, á Teresa á quien visitaba en sus sueños! ¡Era por Teresa por quien temblaba! Lia sonrió con terrible sonrisa, y volvió á ocupar su puesto en el balcon.

Entretanto la lava habia continuado su marcha y ganado terreno; ya estendia sus dos flamígeros brazos al rededor de la colina sobre la que estaba situada la villa. Si en aquel momento Lia hubiese despertado á Odoardo, todavia era tiempo de huir; porque la lava, chocando de frente en el montecillo y estendiéndose por sus dos costados, aun no se habia unido por la parte opuesta. Pero Lia guardó silencio no aquejándola por el contrario mas que un temor, el de que el grito supremo de toda aquella naturaleza agonizando llegase á oídos del conde y le sacase de su sueño.

No fué así. Lia vió estenderse la lava semejante á una inmensa creciente, y reunirse detrás de la colina. Dió entonces un grito de alegría. Todo estaba ya cerrado á la fuga. La villa y sus jardines no era mas que una isla rodeada por todos lados por un mar de llamas.

Entonces la terrible marea comenzó á subir por los flancos de la colina como un vasto y precipitado flujo. A cada resaca se veía á las inflamadas olas volver á ganar terreno y desgastar la isla, cuya circunferencia iba siendo cada vez mas reducida. No tardó la lava en llegar á las paredes del parque, y las paredes cayeron en sus olas minadas por su base. A la aproximacion del torrente se secaron los árboles, y la llama pasó de su raíz á su copa. Cada árbol al quemarse, conservaba su forma hasta el momento en que caía en cenizas en la ardiente inundacion que avanzaba siempre. En fin, comenzaron á aparecer las primeras oleadas de lava en las calles del jardin. A su vista comprendió Lia que apenas la quedaba tiempo de

despertar á Odoardo, echarle en cara su crimen, y hacerlo saber que iban á morir el uno para el otro. Dejó el balcon y aproximándose al lecho:

— ¡Odoardo, Odoardo! exclamó sacudiéndole el brazo; ¡Odoardo! ¡levántate para morir!

Estas terribles palabras, dichas por el acento supremo de la venganza, hirieron la imaginacion del conde en lo mas profundo de su sueño. Incorporóse sobre su lecho, abrió sus ojos despavoridos; en seguida, al reflejo de la llama, por los chasquidos de las baldosas que se rompian, en los movimientos de la casa que las olas de lava comenzaban á cercar y conmover, comprendió todo, y lanzándose de su lecho:

— ¡El volcan, el volcan! exclamó. ¡Ah! Lia, ¡bien te lo habia dicho!

Inmediatamente, yendo de un salto al balcon, abarcó con una mirada todo el encendido horizonte, arrojó un grito de terror, corrió á la estremidad opuesta de la habitacion, abrió un balcon que daba á la parte de Nápoles, y viendo cortada toda retirada, se volvió hácia la condesa exclamando desesperado:

— ¡Oh! ¡Lia, Lia, amor mio, alma mia, vida mia! ¡estamos perdidos!

— Ya lo sé, respondió Lia.

— ¡Cómo! ¿lo sabes?

— Hace una hora que estoy mirando al volcan: no he dormido.

— Pero si no dormías, ¿por qué me has dejado dormir?

— Soñabas con Teresa y no queria despertarte.

— Si, soñaba que querian arrebatarne á mi hermana otra vez. Soñaba que habia sido engañado, que estaba realmente muerta, tendida sobre su lecho en su pequeña habitacion de la calle de San Giácomo, que llevaban un féretro y querian encerrarla dentro. Era un sueño terrible, pero menos terrible todavia que la realidad.

— ¡Qué dices, qué dices! exclamó la condesa cogiendo frenéticamente las manos de Odoardo y mirándole de frente. Esa Teresa, ¿es tu hermana?

— Sí.

— Esa mujer que vive en la calle de San Giacomo, en el número 11, piso tercero, ¿es tu hermana?

— Sí.

— Pero si tu hermana ha muerto. ¡Mientes!

— Mi hermana vive, Lia; mi hermana vive; nosotros somos los que vamos á morir. Mi hermana habia seguido á un coronel francés que ha sido muerto. Yo tambien la creía muerta, me lo habian dicho; pero he recibido una carta de ella antes de ayer, y ayer la he visto. Efectivamente era ella, era mi hermana, humillada, ultrajada, que queria permanecer de incógnito. ¡Oh! ¿pero qué nos importa todo eso en este momento? ¿Sientes, sientes la casa que tiembla? ¿Oyes hendirse las paredes? ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio, socorrednos!

— ¡Oh! ¡perdóname, perdóname! exclamó Lia cayendo de rodillas. ¡Oh! ¡perdóname antes que muera!

— ¿Y de qué quieres que te perdone? ¿Por qué tengo que perdonarte?

— ¡Odoardo, Odoardo! Soy yo quien te dá la muerte. He visto todo; tomé á esa mujer por una rival, y no pudiendo vivir ya contigo, contigo quise morir. ¡Dios mio, Dios mio! ¿No hay ninguna probabilidad de salvacion? ¿No hay ningun medio de huir? ¡Ven, Odoardo, ven! ¡Yo tengo fuerza, no temo; corramos!

Cogió á su marido por la mano, y los dos se pusieron á correr como insensatos por las habitaciones de la vacilante casa, lanzándose á todas las puertas, tanteando todas las salidas, y encontrando por todas partes la inexorable lava que crecía sin cesar, impasible, devoradora, y chocando ya en las paredes exteriores, que sacudia con sus mortales embates.

Lia habia caído de rodillas, no pudiendo andar ya mas. Odoardo la habia cogido en sus brazos y la llevaba de balcon en balcon, gritando, pidiendo socorro. Pero todo socorro era imposible; la lava continuaba subiendo. Odoardo, por un movimiento instintivo, fué á buscar un refugio en la azotea que coronaba la casa: pero allí comprendió realmente que todo habia concluido, y cayendo de rodillas y levantando á Lia por encima de su cabeza, como si hubiese esperado que un ángel bajara á cogerla:

— ¡Oh, Dios mio! exclamó, ¡tened piedad de nosotros!

Apenas habia pronunciado estas palabras, oyó los pisos hundirse sucesivamente y caer en la lava. Inmediatamente la azotea vaciló y se precipitó á su vez, arrastrando á uno y otro en su caída. En fin, las cuatro paredes exteriores se inclinaron unas sobre otras como la bóveda de una tumba. La lava continuó subiendo, se elevó sobre las ruinas, y todo desapareció.